

Egeria

# ITINERARIO

## LLEGADA AL SINAÍ

... Reanudando nuestra expedición, llegamos a un paraje en el que las montañas por entre las cuales discurríamos se abrían y configuraban un valle dilatado, completamente alisado y sumamente placentero. Al fondo de la vaguada se erguía el monte santo de Dios, el Sinaí. El lugar donde los montes se apartaban se halla contiguo al enclave en que se encuentran las «Tumbas de la Concupiscencia» . Cuando se llega a este punto, es costumbre, según nos previnieron los venerables guías que nos acompañaban, que quienes lo alcanzan, y divisan desde allí por vez primera el monte santo de Dios, se recojan en oración. Eso es lo que nosotros hicimos. Habría desde este lugar hasta el monte de Dios unas cuatro millas, pues ya dije que se trata de un valle espacioso.

Es, en efecto, una inmensa vaguada que se ciñe al piedemonte y que puede tener —según pudimos estimar a simple vista y por lo que nos decían— unos dieciséis mil pasos de longitud por unos cuatro mil de anchura, según calculaban. Teníamos que atravesar el valle antes de poder iniciar el ascenso al monte. En esta depresión amplia y lisa fue donde acamparon los hijos de Israel durante aquel tiempo en que el santo Moisés subió a la montaña del Señor, permaneciendo en ella por espacio de cuarenta días y cuarenta noches. Es este también el valle donde se fabricó el becerro de oro; hoy día se sigue mostrando ese lugar exacto, ya que se conserva hincada en dicho punto una enorme roca.

Y se trata asimismo del valle a cuya entrada se encuentra el lugar en el que Dios habló repetidas veces, desde la zarza ardiendo, al santo Moisés, mientras este apacentaba los rebaños de su sue-

gro. Como el mejor itinerario a seguir parecía ascender a lo que se ve desde esta parte de la montaña de Dios, ya que bordeando por donde veníamos teníamos la mejor subida, y luego desde allí descender de nuevo a la cabecera del valle, es decir, adonde se encontraba la zarza, pues por allí era por donde mejor se podía bajar del monte de Dios, nos pareció el más conveniente el siguiente plan: después de ver todo cuanto deseáramos, descenderíamos de la montaña y nos llegaríamos hasta el lugar de la zarza, y desde allí, atravesando por medio de la hoya en toda su longitud, reemprenderíamos el camino con aquellos hombres de Dios que nos irían mostrando, a lo largo del valle, cada uno de los lugares mencionados por las Escrituras.

Y así es como hicimos. Alejándonos, pues, del punto en que, procedentes de Farán, nos habíamos detenido a hacer oración, nuestros pasos se adentraron a través de la cabecera del valle, acercándonos así al monte de Dios. La montaña, vista de lejos, parece ser una sola, pero una vez que te internas en ella, vas descubriendo cimas diversas, si bien es todo el conjunto lo que se llama Monte de Dios. Aunque de manera especial se llama así a un pico que se halla en medio de todos los demás y en cuya cúspide se encuentra el lugar exacto al que descendió la majestad de Dios, según rezan las Escrituras.

Aunque todos los promontorios que hay en derredor son tan elevados como yo no creo haber visto jamás, el que está en medio, y al cual descendió la majestad divina, es tan superior a todos los otros que, cuando alcanzamos su cima, todas aquellas montañas que nos habían parecido tan encumbradas se extendían ahora a nuestros pies como si se tratara de humildes collados.

Hay una cosa digna de admiración, que yo creo solo puede deberse a un prodigio divino, y es que ese monte que se encuentra en medio de los otros, y al que se llama Sinaí de manera singular, es decir, aquel sobre el cual descendió la majestad de Dios, ese monte, digo, no resulta sin embargo visible a menos que te

acerques hasta su mismo pie; eso, antes de ascenderlo. Una vez que, satisfechos tus deseos, descienes de él, entonces y solo entonces puedes contemplarlo de frente, cosa que resulta imposible antes de escalarlo. Yo conocía ya esta particularidad antes de que llegáramos a la montaña del Señor, pues algunos hermanos me habían hablado de ello y, tras mi visita, pude comprobar que, efectivamente, así ocurría.

## SUBIDA AL MONTE DE DIOS

Así pues, el sábado por la tarde nos adentramos en la zona montuosa y llegamos hasta algunos eremitorios donde los monjes que allí moraban nos acogieron de manera muy cordial, ofreciéndonos toda su hospitalidad; hay allí incluso una iglesia con un sacerdote . Pernoctamos allí, y al despuntar la mañana del domingo comenzamos a escalar, una tras otra, las sucesivas cimas, acompañados por el propio sacerdote y los monjes que allí habitaban. Estas cimas solo se pueden conquistar a costa de ingentes esfuerzos, ya que no puedes ascender poco a poco y dando rodeos, en línea de caracol, como suele decirse, sino que tienes que subir directamente como por una pared, y descender igualmente en línea recta cada uno de aquellos montes antes de llegar al pie mismo de ese promontorio que se alza en medio de todos los demás y al que se llama Sinaí de manera singular.

De modo que, cumpliendo la voluntad de Cristo nuestro Señor, reconfortada con las preces de los santos hermanos que me acompañaba proseguí adelante no sin grandes fatigas, ya que tenía que ascender a pie, pues no era posible continuar sobre la montura. Pero el cansancio apenas hacía mella en mí; y si no

acusaba la fatiga ello se debía, en buena medida, a que al fin veía cumplirse mi deseo, según la voluntad divina. De manera que, hacia la hora cuarta, ganamos la cumbre de aquella montaña santa de Dios, el Sinaí, donde fue dada la Ley, es decir, el lugar mismo al que descendió la majestad divina en aquel día en que el monte se cubrió de humo.

Ahora se alza en aquel paraje una iglesia de dimensiones modestas, ya que el propio enclave, es decir, la cúspide del monte, no es demasiado espaciosa; el templo, no obstante, posee en sí mismo una gran armonía. Cuando, gracias a Dios, alcanzamos por fin la cumbre y nos aproximamos al umbral mismo de la iglesia, nos salió al encuentro un sacerdote que venía de su propia ermita y que estaba al servicio de dicho templo; un anciano venerable que había abrazado la vida monacal desde su primera edad, convertido en un «asceta» —como se dice por aquí—; en fin, qué os voy a contar, un hombre digno realmente de estar en semejante puesto.

También nos salieron al encuentro otros sacerdotes, así como todos los monjes que habitaban en las inmediaciones del monte, excepto, claro está, aquellos a quienes la frágil salud o la avanzada edad se lo impidieron. Pero en lo que es propiamente la cima de la montaña aquella que se alza en medio de las demás, no mora nadie. Nada hay allí aparte de la iglesia y la cueva en que se refugió el santo Moisés.

Tras haber leído, pues, en aquel preciso lugar todos los pasajes del libro de Moisés, hecha la oblación ritual y después de haber comulgado, cuando salíamos ya de la iglesia, nos entregaron los presbíteros del lugar unas «eulogias» o presentes, concretamente unas frutas que se crían en el propio monte. Pues aunque la montaña santa del Sinaí es toda ella tan pedregosa que no crece en ella ni un arbusto, sin embargo más abajo, cerca del piedemonte tanto del pico que se alza señero como de los otros que lo circundan, hay algo de terreno aprovechable. De manera que los

venerables monjes se afanan en plantar arbolillos y huertos frutales, o sembrados, junto a sus eremitorios, con lo que consiguen recolectar algunos frutos de la tierra del propio monte, aunque son más bien el fruto de sus manos.

De modo que, tras haber comulgado y tras recibir los presentes que nos ofrecieron aquellos santos varones, al salir del atrio de la iglesia, comencé a rogarles que nos fueran enseñando uno por uno los lugares santos. Al punto se aprestaron aquellos hermanos a mostrarnos cada cosa. Nos hicieron ver la cueva que sirvió de refugio al santo Moisés al subir de nuevo a la montaña de Dios para recibir otra vez las tablas de la Ley, tras haber quebrado las anteriores a causa del desvarío de su pueblo; asimismo se dignaron mostrarnos todos los demás lugares, bien los que nosotros les solicitábamos o los que ellos conocían sobradamente.

## EL HOREB

Quiero que sepáis una cosa, venerables señoras y amigas mías, y es que desde la cumbre de aquel promontorio que se alza en medio de los otros, veíamos tan por debajo de nuestros pies todos aquellos montes que tanto trabajo nos había costado escalar y que rodeaban a este pico central en el que nos encontrábamos que parecían desde aquí collados insignificantes, a pesar de ser tan excelsos como no creo haber visto jamás altura alguna, si no es este pico central que los supera a todos con creces. Egipto, Palestina, el mar Rojo, el mar Parténico que lame las riberas de Alejandría, así como los confines dilatados de los sarracenos se remansaban bajo nuestra mirada de manera apenas creíble. Y cada cosa, nos la iban indicando aquellos santos hermanos.

Satisfechos cumplidamente los deseos que nos habían empujado a subir, comenzamos ya a descender, dirigiéndonos desde la cima del monte del Señor que habíamos escalado hacia otro promontorio contiguo, que recibe el nombre de «en el Horeb»; hay en él una iglesia. Es este paraje aquel Horeb donde se refugió el profeta Elías cuando huía de la presencia del rey Acab; y el lugar donde le habló Dios diciendo: «¿Qué haces tú aquí, Elías?», según está escrito en los Libros de los Reinos .

Hoy día se muestra, ante el atrio de la iglesia que allí se levanta, la gruta que sirvió de guarida al santo Elías. También puede verse allí un altar de piedra que dispuso el propio Elías para hacer sus ofrendas a Dios, según nos iban mostrando aquellos solícitos y santos hermanos. También allí hicimos una oblación y una ferviente oración, leyendo el correspondiente pasaje del Libro de los Reinos. Pues ya me había ocupado yo, con toda solicitud, de que siempre, al llegar a un sitio, se leyera el pasaje correspondiente de las Escrituras.

De manera que, tras hacer también allí una oblación, nos llegamos hasta otro lugar no muy alejado y al que nos encaminaron los sacerdotes y monjes. Se trata del lugar en que permaneció Aarón junto con setenta ancianos cuando el santo Moisés recibió del Señor la Ley para los hijos de Israel. En aquel punto, aunque no existe un cobijo techado, lo que sí hay es una enorme roca circular, alisada en su faz superior. Allí es donde, según se dice, permanecieron en pie aquellos santos ancianos. Y existe en medio de ella una especie de altar fabricado con piedras. También allí se leyó el pasaje correspondiente del libro de Moisés y se recitó un salmo apropiado para la ocasión.

Una vez terminada la plegaria, comenzamos a descender. Empezaba a ser tal vez la hora octava y aun nos quedaban tres millas para llegar hasta aquella parte de la montaña por la que habíamos penetrado en la tarde del día anterior. Pero no teníamos que salir a la parte misma por la que habíamos entrado, como ya

dije antes, ya que queríamos recorrer todos los lugares santos, ver cuantos eremitorios allí se encontrasen y salir así a la cabecera del valle a que antes me referí, es decir, a la vaguada que ciñe la montaña de Dios. De manera que teníamos que salir a la cabecera de aquel valle, ya que en ella se encontraban numerosas ermitas de santos varones, y se alzaba una iglesia sobre el lugar mismo de la zarza ardiente; este zarzal sigue floreciendo hoy en día y sigue echando brotes .

## LA ZARZA DE MOISÉS

Una vez que hubimos bajado de la sacra cima, nos acercamos hasta la zarza hacia eso de la hora décima . Esta es la zarza a la que antes me referí, desde la cual habló a Moisés el Señor envuelto en fuego, y que se encuentra en una explanada poblada por múltiples ermitas, y una iglesia en la cabecera de aquel valle. Delante de la iglesia se extiende un ameno jardín con agua abundante y excelente, hallándose la zarza dentro de dicho jardincillo. También se puede admirar, justo al lado, el lugar en que se encontraba el santo Moisés cuando el Señor le dijo: «Desata las correas de tu calzado», etc.

Cuando nos aproximamos a este último lugar era ya la hora décima, de modo que, al haber comenzado ya a caer la tarde, no pudimos hacer la oblación. Pero sí que hicimos una oración dentro de la iglesia y también en el jardín, junto a la zarza; asimismo, se leyó el pasaje correspondiente del libro de Moisés, tal como teníamos por costumbre.

De manera que, como estaba ya anocheciendo, apuramos un refrigerio en aquel reducto, dentro del jardincillo, frente a la

zarza, con aquellos santos hermanos. Y nos quedamos allí a pasar la noche. Al día siguiente, levantándonos muy de alborada, rogamos a los sacerdotes que hicieran también allí una oblación, cosa que efectivamente hicieron.

## RECUERDOS BÍBLICOS

El itinerario que habíamos de seguir era atravesar aquel valle central que se extiende oblongo, es decir, la vaguada a que antes me referí y en la que acamparon los hijos de Israel mientras Moisés subía y bajaba por la montaña de Dios. Mientras íbamos atravesando aquel valle, siempre aquellos santos varones nos iban mostrando cosa por cosa. Ya al comienzo de la cabecera del valle, donde habíamos acampado y donde habíamos podido admirar la zarza desde la cual habló a Moisés el Señor envuelto en fuego, también habíamos podido contemplar el lugar exacto en que Moisés permaneció de pie frente a la zarza cuando le dijo Dios: «Desata las correas de tu calzado, pues el lugar que pisas es tierra sagrada».

Y lo mismo todos los demás sitios, cuando salimos de donde la zarza, nos los iban mostrando sin demora. Nos señalaron, por ejemplo, el lugar donde habían alzado sus campamentos los hijos de Israel durante aquellos días que Moisés permaneció en la montaña. Nos mostraron asimismo el punto exacto donde se fabricó el becerro de oro, señalado hoy en día por un ingente monolito hincado en el suelo. Por nuestra parte, según avanzábamos, íbamos contemplando de frente la cima de la montaña, que dominaba todo el valle y desde la cual el santo Moisés pudo con-

templar a los hijos de Israel entregados a la danza, en aquellos días en que habían fabricado el becerro.

Nos enseñaron asimismo una peña de notables proporciones en el lugar exacto al que descendía el santo Moisés con Jesús , hijo de Navé, roca contra la cual estrelló las tablas que traía, arrebatado por la ira. Nos fueron mostrando también cada uno de los habitáculos que habían ocupado a lo largo de la explanada, habitaciones cuyos cimientos pueden verse aún hoy día, en forma de círculos de mampostería. Nos señalaron también el paraje en que el santo Moisés, al regresar de la montaña, ordenó a los hijos de Israel que corrieran «de puerta en puerta».

Asimismo nos indicaron el lugar donde, por mandato del santo Moisés, fue fundido el becerro que les había fabricado Aarón. También nos mostraron el torrente donde Moisés hizo beber a los hijos de Israel, según aparece escrito en el Éxodo. También nos indicaron el lugar donde los setenta varones recibieron el espíritu de Moisés. Nos mostraron además el lugar donde los hijos de Israel se dejaron dominar por el ansia de comida. Y nos dijeron también un sitio que se llama «el incendio», pues allí se abrasó parte del campamento hasta que, gracias a las preces del santo Moisés, el fuego se contuvo.

También nos enseñaron el paraje en que les llovió el maná y las codornices . Y de igual modo nos fueron mostrando cada una de las cosas que, según los libros santos, acaecieron a Moisés en aquel lugar, es decir, en aquella vaguada que se extiende al pie de la montaña de Dios, el sagrado Sinaí. Todas estas cosas que os he descrito pormenorizadamente deben ya de bastaros, pues no me sería posible retener más en la memoria. Pero si vuestra caridad se digna leer los sagrados libros de Moisés, podréis tener un más amplio conocimiento de cuanto allí sucedió.

## EL VALLE DE EL-RAHA

Fue en este valle donde se celebró la Pascua, al cumplirse un año de la salida de los hijos de Israel del país de Egipto, ya que fue en esta misma llanura donde los hijos de Israel se acomodaron durante algún tiempo; a saber, mientras el santo Moisés subió a la montaña de Dios y descendió de ella, repetidas veces. Y allí se instalaron mientras duró la construcción del tabernáculo y todo cuanto le fue ordenado en la sagrada montaña. Nos enseñaron el espacio donde primeramente fue fijado por Moisés el tabernáculo y donde se llevaron a cabo cuantas cosas había prescrito Dios a Moisés en el monte para que las llevara a efecto.

Pudimos apreciar también, ya al final del valle, las Tumbas de la Concupiscencia, pero ya en el lugar donde de nuevo retomábamos nuestra ruta; es decir, en aquel punto donde, abandonando por fin aquella anchurosa vaguada, nos incorporamos de nuevo a la senda por la que habíamos venido, encajonada entre aquellas montañas a las que anteriormente me referí. Ese mismo día nos acercamos a visitar a los demás monjes de santidad reconocida que, debido a su edad o por causa de una salud quebrantada, no habían podido acudir a celebrar la oblación en el monte de Dios. Estos hombres se dignaron acogernos a cuantos nos llegamos hasta sus ermitas de manera sumamente hospitalaria.

Así pues, tras haber visto todos los lugares santos que habíamos deseado visitar, así como también todos aquellos parajes por donde habían parado los hijos de Israel, yendo o viniendo de la montaña sagrada, y tras haber rendido visita igualmente a aquellos santos varones que allí moraban, regresamos a Farán, en el nombre del Señor.

## DE FARAN A CLYSMA

Si de continuo debo dar gracias al Señor por todas las cosas, cuánto más habré de hacerlo por tantas y tamañas mercedes como ha consentido concederme a mí, tan poco digna y tan poco merecedora de ellas, permitiéndome recorrer todos aquellos lugares tan fuera del alcance de mis méritos. Tampoco podría agradecer nunca lo bastante a todos aquellos santos varones que se dignaron acoger a mi humilde persona en sus ermitas con ánimo solícito, o conducirme por todos aquellos parajes que yo iba buscando con las sagradas Escrituras en la mano. Algunos de aquellos santos que moraban en la montaña de Dios o en sus alrededores, los que gozaban de mayor vigor corporal, se dignaron guiarnos hasta Farán.

Así pues, cuando arribamos a Farán, que se encuentra a treinta y cinco millas de la montaña de Dios, hubimos de acomodarnos allí durante dos días para reponer fuerzas. Al cumplirse el tercer día, madrugamos para poder alcanzar de nuevo aquella posta, en pleno desierto de Farán, donde ya a la ida habíamos hecho noche, tal y como antes escribí. Al día siguiente, tras provisionamos de agua, partimos nuevamente de allí, y luego de recorrer un trecho entre paredes montañosas, llegamos a otra posta que se encontraba dominando ya el mar, es decir, en aquel punto en que se dejan atrás las montañas y se comienza de nuevo a caminar pegados a la orilla del mar.

Aunque unas veces vas tan cabe el agua que, de súbito, algunas olas vienen a romper en las patas mismas de las caballerías, y otras veces tienes que transitar por el desierto a cien o doscientos pasos, incluso a veces a más de quinientos pasos de la margen; en efecto, por allí apenas se ve marcado el camino, y todo es desierto arenoso. Los faranitas, acostumbrados a viajar por allí con sus camellos, van poniendo señales de trecho en trecho, señales que les sirven de referencia para deambular durante el día. Ahora

bien, por la noche, son los camellos los que siguen solos las señales. En fin, qué os voy a contar: merced a la práctica, los faranitas circulan de noche por aquellos andurriales con mayor premura y seguridad que cualquier otro mortal podría hacerlo por lugares con caminos bien marcados.

A nuestro regreso, pues, salimos de entre los montes al lugar exacto por el que, en la jornada de ida, nos habíamos internado en la zona montuosa, con lo que de nuevo nos avecinábamos al mar. También los hijos de Israel, en su tornaviaje desde el monte sagrado, el Sinaí, hasta aquel lugar, hicieron en su vuelta el mismo camino que a la ida, esto es, salieron a aquel mismo lugar por donde también nosotros dejamos atrás la zona montañosa y nos acercamos de nuevo al mar Rojo. A partir de ahí, nosotros regresamos por el mismo camino que habíamos traído a la venida; los hijos de Israel, en cambio, siguieron a partir de ese punto su propio camino, tal y como está escrito en los libros del santo Moisés.

Nosotros, por el contrario, regresamos a Clysma por el mismo itinerario y a través de las mismas postas que en el trayecto de ida. Eso sí, cuando llegamos a Clysma tuvimos que reponer allí fuerzas de nuevo, ya que habíamos viajado por un desierto de arenas inacabables.

## **DESDE CLYSMA HASTA ARABIA**

Desde luego yo conocía ya la región de Gessén, puesto que había pasado por ella cuando viajé hasta Egipto por vez primera. Ahora bien, con el fin de poder contemplar todos aquellos lugares que los hijos de Israel habían atravesado en su marcha, proce-

dentes de Rameses, hasta que llegaron al mar Rojo, paraje conocido en la actualidad con el nombre de Clysma —debido a la guarnición que allí se alza— manifesté mi deseo de partir desde Clysma hacia la región de Gessén, hasta una ciudad llamada Arabia y ubicada en dicha tierra de Gessén. De ahí que todo aquel territorio se llame así, es decir, la región de Arabia, la región de Gessén, que forma parte del país de Egipto; por cierto, es la mejor tierra de todo Egipto.

Desde Clysma, es decir, desde el mar Rojo hasta la ciudad de Arabia, hay que hacer cuatro jornadas a través del desierto. Mas, a pesar de su carácter desértico, junto a las postas existen acantonamientos con soldados y oficiales que nos escoltaron de guarnición en guarnición. A lo largo de toda esta travesía, los santos varones que nos acompañaban, es decir, clérigos y monjes, nos iban enseñando cada uno de aquellos lugares por los que yo siempre preguntaba ateniéndome a las Escrituras. Unos se hallaban a la izquierda de nuestro camino, otros a la derecha; algunos se encontraban algo alejados de nuestra senda; otros, en sus inmediaciones. Créame vuestra caridad, por lo que yo pude apreciar, los hijos de Israel debieron efectuar su marcha dirigiéndose unas veces a la derecha, tornando otras hacia la izquierda; avanzando en unas ocasiones, retrocediendo en otras. De esa manera debieron realizar su travesía, hasta avistar el mar Rojo.

## EN LA REGIÓN DE GESSÉN

Nos mostraron la ciudad de Epaula , aunque de lejos y de pasada, y también estuvimos en Magdala. Hay allí una guarnición militar dotada de un oficial con su tropa, el cual ejerce ac-

tualmente su autoridad en nombre de Roma. Siguiendo lo acostumbrado, nos escoltaron desde allí hasta el siguiente destacamento. Nos enseñaron el lugar llamado Belsefón, y estuvimos viéndolo. Se trata de una explanada en las faldas del monte que antes mencioné, frente al mar Rojo, donde los hijos de Israel, al ver a los egipcios que se acercaban persiguiéndoles, comenzaron a proferir alaridos.

También nos enseñaron Etan , que se alza en soledades desérticas, según aparece en las Escrituras, y asimismo Sucot . Esta Sucot ocupa un leve teso en medio del valle, y junto a este modesto collado levantaron sus campamentos los hijos de Israel. Precisamente en aquel lugar fue donde recibieron la ley de la Pascua. También nos fue mostrada la ciudad de Piton, erigida por los hijos de Israel, conforme proseguíamos nuestro camino; se halla en aquel punto en que de nuevo alcanzábamos las fronteras de Egipto, abandonando ya las tierras de los Sarracenos.

En la actualidad Piton es un acantonamiento militar. La que en otros tiempos fue la ciudad de Hero y en la que José salió al encuentro de los pasos de su padre Jacob, como escrito está en el libro del Génesis , es ahora un *come* , aunque, eso sí, de regulares dimensiones, lo que nosotros llamamos una aldea. Dicho pueblo posee una iglesia, varios sepulcros santos y numerosos eremitorios de santos monjes. Para poder visitar cada una de estas cosas nos fue menester hacer parada allí, siguiendo nuestra inveterada costumbre.

Este pueblo que ahora se llama Hero está a dieciséis millas de la región de Gessén, puesto que se encuentra en los confines fronterizos de Egipto. El paraje en sí resulta sumamente grato, ya que por él discurre un brazo del río Nilo. Así pues, dejando atrás Hero, llegamos hasta la ciudad llamada Arabia ; dicha urbe se halla en la región de Gessén, y por ello escrito está que dijo el Faraón a José: «Establece a tu padre y a tus hermanos en la mejor tierra de Egipto, en tierras de Gessén, en la tierra de Arabia».

# EN RAMESES

Desde la ciudad de Arabia hasta Rameses hay una distancia de cuatro mil pasos . Nosotros, para llegar hasta la posta de Arabia, hubimos de atravesar por medio de Rameses. Dicha ciudad de Rameses es en la actualidad un campizal, en el que no se levanta ni una sola casa. Pero debió de ser, a lo que parece, de una extensión enorme y tener numerosos edificios. Pues actualmente sus ruinas, a flor de tierra, se pierden de vista en el horizonte. Ahora nada hay allí sino una enorme piedra de Tebas, en la cual se hallan esculpidas dos descomunales figuras que representan, según dicen, a los santos varones Moisés y Aarón.

Se cuenta que fueron los hijos de Israel quienes las grabaron en su honor. También puede verse allí un árbol de sicómoro que, según la tradición, fue plantado por los patriarcas. Se trata de un árbol vetusto en grado sumo, y por tanto esquilmado, a pesar de lo cual aún sigue dando frutos, y cuando alguien está aquejado de alguna dolencia, se llega hasta él y poda unos tallos, que le sirven de alivio . Esto lo supimos a través del santo obispo de Arabia, quien nos lo refirió, y nos dijo también el nombre de dicho árbol en griego: *dendros aletheiae*, que nosotros traducimos como «árbol de la verdad».

Este venerable obispo se dignó salir a nuestro encuentro al llegar nosotros a Rameses. Era un hombre ya anciano, de muy profunda religiosidad, antiguo monje y todo afabilidad, acogiendo a los peregrinos con la mejor disponibilidad. Además, era un hombre muy versado en las sagradas Escrituras. Él mismo fue quien, tras molestarse en salir a nuestro encuentro, nos fue enseñando cada cosa y nos refirió lo de las estatuas a que antes aludí, así como también lo del árbol de sicómoro. También nos relató este santo obispo que el faraón, al ver que los hijos de Israel habían huido de su lado, antes de lanzarse en su persecución entró en Rameses con todo su ejército y le prendió fuego por sus cuatro

costados, pues era una ciudad inmensa, tras lo cual salió en pos de los hijos de Israel.

## **EN ARABIA**

Tuvimos la inmensa fortuna de llegar a la posta de Arabia en la víspera del felicísimo día de la Epifanía, y en dicha jornada se iba a celebrar en la iglesia la correspondiente vigilia. De modo que nos retuvo allí unos días aquel venerable obispo, hombre de gran santidad y verdadero hombre de Dios, al que ya conocía yo bastante bien de cuando había visitado la Tebaida. Este santo obispo era un antiguo monje que había sido educado desde pequeño en un monasterio, debido a lo cual era un hombre versado en las Escrituras, y tan recto en su vida toda, según ya expliqué. Por nuestra parte, a partir de este punto despachamos a los soldados que nos habían brindado protección en nombre de la autoridad romana mientras nos fuimos moviendo por parajes peligrosos. Pero ahora se trataba de la vía pública de Egipto, que atravesaba la ciudad de Arabia, y que va desde la Tebaida hasta Pelusio, por lo que no era necesario ya importunar a los soldados.

## **EN LA REGIÓN DE GESSÉN**

Así pues, partimos de allí y proseguimos nuestra marcha a través de la región de Gessén, atravesando continuamente campos de viñas, que sirven para obtener vino, y otro tipo de viñedos que dan bálsamo; atravesábamos asimismo plantaciones de frutales, campos cultivados con mimo y numerosas huertas; nuestro camino se deslizaba siempre ajustado a la margen del río Nilo, entre abundantísimos cultivos que fueron, en otros tiempos, fincas pertenecientes a los hijos de Israel. En fin, qué puedo añadir, creo que nunca en mi vida había visto yo una tierra tan feraz como ésta de Gessén.

Conque reanudando nuestra marcha desde la ciudad de Arabia, atravesando la región de Gessén a lo largo de dos días, llegamos por fin a Tanis , ciudad en la que nació el santo Moisés. Esta ciudad de Tanis es la misma que fuera antaño metrópoli del faraón. Y aunque yo conocía ya estos parajes, como indiqué más arriba, de cuando había visitado Alejandría o la Tebaida, quería sin embargo explorar más a fondo todos aquellos lugares que hubieran recorrido los hijos de Israel cuando salieron desde Rameses para dirigirse hasta la montaña santa de Dios, el Sinái; de modo que fue necesario volver de nuevo a la región de Gessén, y de ahí a Tanis.

Luego, abandonando finalmente Tanis y siguiendo un camino que ya conocía, llegué hasta Pelusio . Y partiendo de allí, recorriendo de nuevo el trayecto a través de las sucesivas postas de Egipto que anteriormente habían jalonado nuestra marcha, llegué finalmente a los bordes fronterizos de Palestina. Y desde allí, en el nombre de Cristo nuestro Dios, tras realizar nuevamente algunas jornadas a través de Palestina, regresé a Aelia , es decir, a Jerusalén.

## EL MONTE NEBO

Transcurrido algún tiempo, y conforme a la voluntad divina, me invadió nuevamente el deseo de acercarme hasta Arabia, concretamente al monte Nebo , hasta el lugar al que ordenó Dios a Moisés que subiera, diciéndole: «Sube al monte Arabot, al monte Nebo, que está en la tierra de Moab, enfrente de Jericó, y contempla la tierra de Canaán, que doy en posesión a los hijos de Israel, y en ese mismo monte al que vas a subir, morirás». Así pues, Jesús nuestro Dios, que no abandona a quienes en él confían, se ha dignado atender también a este mi deseo.

Salí, por tanto, de Jerusalén, acompañada en mi marcha por santos varones, concretamente un presbítero, unos diáconos de Jerusalén y algunos hermanos, es decir, unos monjes. Llegamos así hasta aquella margen del Jordán por la que los hijos de Israel lo franquearon cuando el santo Josué, hijo de Navé, les hizo pasar el Jordán, según está escrito en el libro de Josué Navé . También se nos mostró el lugar, un poco más arriba, donde los hijos de Rubén y de Gad y media tribu de Manasés habían levantado un altar, en aquella parte de ribera en la que se extiende Jericó.

Tras cruzar el río, llegamos a una ciudad llamada Livias , que se encuentra en el lugar mismo en que antaño levantaron sus campamentos los hijos de Israel. Todavía hoy día son visibles en aquel exacto punto los cimientos de los campamentos de los hijos de Israel, y de los habitáculos que les sirvieron de morada. Es un inmenso campizal al abrigo de los montes de Arabia y dominando el Jordán. Este es el lugar del que está escrito: «Y lloraron los hijos de Israel a Moisés en las llanuras de Moab y del Jordán, frente a Jericó, durante cuarenta días».

Es también este el lugar donde tras la desaparición de Moisés , al punto fue imbuido Josué, hijo de Navé, del espíritu de

sabiduría: en efecto, Moisés le había impuesto las manos, tal y como está escrito. Es igualmente el lugar en el que Moisés escribió el libro del Deuteronomio. Es también el lugar en el cual Moisés pronunció, ante los oídos de toda la asamblea de Israel, todas las palabras, de principio a fin, del cántico que se encuentra escrito en el libro del Deuteronomio. Es aquel mismo lugar en el que el santo Moisés, hombre de Dios, fue bendiciendo a los hijos de Israel, tribu por tribu, antes de su muerte .

De modo que, al llegar nosotros a esa misma explanada, nos acercamos hasta el lugar exacto e hicimos una oración; se leyó además una parte del Deuteronomio, allí mismo, así como el cántico de Moisés y las bendiciones que derramó sobre los hijos de Israel. Luego, tras la lectura, de nuevo hicimos una plegaria y, dando gracias a Dios, nos alejamos de allí. En efecto, teníamos por costumbre, siempre que llegábamos a cualquiera de los lugares que deseábamos ver, hacer allí, lo primero de todo, algunas preces; luego leer el pasaje correspondiente de nuestro ejemplar sagrado , recitar asimismo un salmo que viniese a cuento con el tema y luego de nuevo hacer un rezo. Esta práctica la seguimos sin desmayo, según la voluntad divina, al llegar a cualquiera de los lugares que queríamos visitar.

## **LA PEÑA DE DONDE BROTÓ AGUA**

Así que, para llevar a buen término la empresa iniciada, comenzamos a aligerar el paso con el fin de alcanzar el monte Nebo. Según íbamos de camino, nos hizo una advertencia el presbítero de aquel lugar, es decir, de Livias, a quien habíamos hecho venir mediante insistentes ruegos desde donde habíamos pasado

la noche, ya que él conocía mejor todos aquellos parajes; nos dijo este sacerdote:

—Si deseáis ver el manantial que brotó de la roca, es decir, el que Moisés facilitó a los sedientos hijos de Israel, podréis verlo a cambio de hacer el esfuerzo de desviaros del camino al llegar al miliario sexto, más o menos .

No bien hubo dicho esto, decidimos llenos de entusiasmo que sí iríamos; y desviándonos al punto del camino que traíamos, seguimos al sacerdote, quien marchaba delante para guiarnos. Hay en aquel paraje una iglesia diminuta al abrigo del monte, no del Nebo, sino de otro que se halla más escondido, aunque no queda lejos de todos modos del Nebo. Habitan allí numerosos monjes de probada santidad, a los que por allí llaman «ascetas». Estos santos monjes se dignaron acogernos de la manera más hospitalaria, permitiéndonos incluso entrar a saludarlos.

Y una vez que hubimos accedido a donde ellos moraban, hicimos oración junto con ellos, tras lo cual se dignaron ofrecernos algunas «eulogias» o presentes, según tienen por costumbre ofrecer a quienes brindan su hospitalidad. Pues allí, a medio camino de la iglesia y las ermitas de los monjes, mana un abundante caudal de una roca, con un agua muy limpia y transparente, de un sabor exquisito. Les preguntamos entonces a aquellos santos monjes que allí moraban qué era aquella agua, de tal calidad y tan agradable gusto. Y ellos nos replicaron:

—Esta es el agua que dio el santo Moisés a los hijos de Israel en este desierto.

Siguiendo, pues, nuestra costumbre hicimos allí una plegaria y la lectura correspondiente sacada de los libros de Moisés y recitamos asimismo un salmo.

Tras lo cual, junto con aquellos santos clérigos y monjes que nos habían acompañado, nos encaminamos hacia el monte. Incluso muchos de aquellos venerables monjes que convivían junto

al caudal de agua y que pudieron afrontar el esfuerzo, se dignaron ascender con nosotros al monte Nebo.

Abandonando, pues, aquel sitio, nos aproximamos al pie del monte Nebo, que era sumamente empinado. De todos modos, la mayor parte de la subida puede hacerse a lomos de asno; solo en algunos trechos era tan escarpado que se hacía necesario escalarlo a pie y con grandes esfuerzos, y eso es lo que hicimos.

## EL SEPULCRO DE MOISÉS

Llegamos por fin a la cumbre de dicho monte, donde se alza actualmente una iglesia de modestas proporciones, en la cima misma del monte Nebo. Dentro de esa iglesia, en el lugar en que se encuentra el púlpito , advertí un espacio algo más elevado con las proporciones que suelen caracterizar a los enterramientos. Pregunté a aquellos santos varones qué cosa era aquélla, a lo cual me respondieron:

—Aquí fue depositado el santo Moisés por los ángeles, ya que, como escrito está, «ningún hombre conoce su sepultura»; pues lo cierto es que fue enterrado por los ángeles. Y así el sepulcro en que fue depositado no se muestra nunca, hasta el día de hoy. Al igual que a nosotros nos mostraron los más ancianos que aquí moraban el lugar en que se hallaba, asimismo nosotros os lo indicamos a vosotros .

Y aquellos ancianos aseguraban que, a su vez, habían recibido esta tradición de sus mayores. Acto seguido, nos recogimos en oración y repetimos, también aquí, todo lo que teníamos por costumbre hacer en cada uno de los lugares santos que sucesiva-

mente íbamos visitando. Tras lo cual, comenzamos a salir de la iglesia.

## DESDE EL MONTE NEBO

Nos dijeron entonces quienes conocían bien aquellos parajes, es decir, los venerables sacerdotes o monjes:

—Si queréis ver los lugares que figuran descritos en los libros de Moisés, salid fuera del atrio de la iglesia y, desde la cima misma, por la parte desde la que es posible divisarlos, observad bien y echad una ojeada, y os iremos indicando cuáles son esos parajes que desde aquí se ciernen.

Con notable excitación, salimos al punto fuera del templo. Y desde la puerta misma de la iglesia pudimos apreciar el sitio en el que el Jordán desemboca en el mar Muerto, paraje este que, dada nuestra posición, aparecía bajo nuestros pies. Asimismo pudimos ver, enfrente de nosotros, no solo Livias, que se hallaba al lado de acá del Jordán, sino también Jericó, que aparecía en la margen opuesta del Jordán; tal era la altura de aquel punto en que nos hallábamos, a las puertas de la iglesia.

También se divisaba desde allí la mayor parte de Palestina, la Tierra de Promisión, así como toda la ribera del Jordán, en cuanto alcanzaba a abarcar la mirada . En la parte de la izquierda abarcábamos toda la región de los sodomitas, así como Segor; esta Segor es la única de aquellas cinco ciudades que se conserva hasta hoy en día . Queda allí todavía un memorial. En cambio, de las otras ciudades no puede verse más que una confusión de ruinas, ya que fueron reducidas a cenizas.

Nos enseñaron también el lugar donde estuvo la estatua de la mujer de Lot, lugar que aparece asimismo en las Escrituras . Pero, creedme, venerables señoras, lo que es propiamente la columna no aparece por ningún lado, lo único que enseñan es el lugar que debió de ocupar; la estatua propiamente dicha se asegura que fue tragada por el mar Muerto. Y desde luego, cuando nosotros inspeccionamos aquel paraje, no vimos estatua por ninguna parte, no puedo engañaros al respecto. El obispo de aquel lugar, quiero decir de Segor, nos indicó que desde hacía ya algunos años no había rastro de la estatua.

Desde Segor, habrá unas seis millas hasta el punto exacto en que se encontraba la estatua; ahora todo se halla anegado por las aguas. Luego nos apostamos en la parte derecha del templo, siempre desde el exterior, y desde allí nos mostraron, justo enfrente, dos ciudades: Esebón , que perteneció a Seón, rey de los Amorreos, y que ahora se llama Exebón; y la otra, la ciudad de Og, rey de Basán, que se conoce en la actualidad con el nombre de Safdra . También nos señalaron, frente al punto en que nos encontrábamos, Fogor, ciudad que perteneció al reino de Edom .

Todas estas ciudades que desde allí podíamos divisar se hallaban encajonadas entre pliegues montañosos, pero un poco por debajo de ellas se nos mostraba una terraza más llana. Nos dijeron entonces que, en aquellos días en que el santo Moisés y los hijos de Israel combatieron contra aquellas ciudades, habían asentado justamente allí sus campamentos; y en efecto, aún podían verse allí huellas de antiguos castros. En la parte izquierda del monte a que antes me referí, la que dominaba el mar Muerto, nos mostraron un pico muy escarpado, que antaño se llamaba «Agrispecula» o «Campo de los vigías» . Se trata del monte en el cual Balac, hijo de Beor, apostó al adivino Balaam para que maldijera a los hijos de Israel, aunque Dios no lo permitió, como escrito está.

De modo, pues, que tras haber visto todo aquello que queríamos, en el nombre de Dios, regresando por Jericó y repitiendo el trayecto que habíamos traído a la venida, tornamos de nuevo a Jerusalén.

## HACIA EL SEPULCRO DE JOB

Transcurrido algún tiempo, quise visitar también la región de Ausitis , para ver el sepulcro del santo Job y hacer oración junto al mismo. En efecto, veía yo que muchos santos monjes venían desde allí hasta Jerusalén para visitar los santos lugares y orar en ellos; estos peregrinos, con los pormenores que referían de aquellos lugares, hicieron crecer en mí el deseo de tomarme la molestia de acercarme yo también hasta aquellos sitios; eso, si puede llamarse molestia al hecho de que alguien consiga ver realizados sus sueños.

Así que partí de Jerusalén con los santos hermanos que se dignaron prestarme su compañía en mi desplazamiento, guiados también ellos por el afán de recogerse allí en oración. El trayecto de Jerusalén a Carneas se consume en ocho jornadas. Carneas es el nombre que recibe en la actualidad la ciudad de Job, la cual era conocida antaño por el nombre de Dennaba, en la región de Ausitis, en los confines de Idumea y Arabia.

## LA CIUDAD DE MELQUISEDEC

Yendo de camino, entreví junto a la ribera del río Jordán un valle muy hermoso y ameno, abundoso en viñedos y arbolado, ya que lo regaban numerosos azarbes de agua excelente. Había en aquel valle una aldea muy desparramada, que se llama ahora Sedima . En dicha aldea, plantada en mitad de la vaguada, se alza, en su mismo centro, un montículo no demasiado grande, pero formado a la manera que suelen ofrecer las grandes tumbas. Allí, en su parte más elevada, se alza una iglesia y por bajo de ella, todo alrededor de aquel teso, pueden verse algunas ruinas antiguas de imponente aspecto. Algunos pocos vecinos conviven en dicha aldea. Por mi parte, al ver un paraje tan grato, pregunté cuál era aquel lugar tan ameno, y entonces me replicaron:

—Esta es la ciudad del rey Melquisedec, la que antes se llamaba Salem: de ahí que ahora, por una corrupción de la palabra, se llame Sedima este pueblo. En el teso que se alza en medio de la aldea, el edificio que ves en su cima es una iglesia, que en la actualidad se llama «opu Melquisedec», dicho en griego . En efecto, en ese lugar ofreció a Dios Melquisedec sacrificios puros, es decir, panes y vino, como está escrito que hizo .

Al punto de escuchar yo esto, nos apeamos de las cabalgaduras y he aquí que el venerable presbítero de aquel lugar se dignó salir a nuestro encuentro, junto con otros clérigos. Todos ellos nos acogieron prestamente y nos condujeron hasta la iglesia, en la parte alta. Cuando llegamos arriba, lo primero que hicimos, siguiendo nuestra costumbre, fue recogernos en oración; luego se leyó el pasaje correspondiente del libro del santo Moisés; también se recitó un salmo que venía a cuento de aquel lugar y, tras una nueva súplica, emprendimos el descenso.

Cuando hubimos bajado, nos dijo aquel santo presbítero, anciano ya y muy versado en las Escrituras, el cual estaba a cargo de aquel lugar desde que fuera monje, y muchos obispos —por lo que después pudimos saber— hacían grandes elogios de su conducta, asegurando de él que era verdaderamente digno de es-

tar al frente de este lugar en el que el santo Melquisedec, al aproximarse el santo Abraham, fue el primero en ofrecer a Dios sacrificios puros. Pues, como decía, una vez que hubimos bajado de la iglesia, nos dijo este santo presbítero:

—Estas ruinas que veis alrededor de este montículo pertenecen al palacio del rey Melquisedec. Ahora mismo, incluso, si alguien decide construirse una casa y revuelve entre las ruinas, tropieza con menudas piezas de plata y de bronce. Y esa calzada que veis discurrir entre el río Jordán y esta aldea es el mismo camino por el que regresó el santo Abraham tras abatir a Codollasomor, rey de las naciones, cuando tornaba a Sodoma y fue alcanzado en su camino por el santo Melquisedec, rey de Salem.

## EL HUERTO DE SAN JUAN

En aquel punto, acordándome yo de que san Juan, según lo que está escrito, bautizaba en Enon, junto a Salem, le pregunté si el lugar quedaba lejos de allí. Y me respondió así el santo presbítero:

—Está aquí mismo, a doscientos pasos. Si queréis, os puedo llevar andando hasta allí. Este agua tan abundante y tan pura que veis en la aldea proviene precisamente de esa fuente.

Le di las gracias y le rogué que nos condujera hasta ese lugar, cosa que efectivamente hizo. Comenzamos, pues, a caminar con él, siempre a pie, a través de una vaguada sumamente agradable, hasta que llegamos a un huerto de árboles frutales muy grato, en medio del cual nos mostró un manantial de agua estupenda y límpida, que se transformaba casi de golpe en un auténtico rí-

chuelo. En efecto, ante dicho manantial se remansaba una suerte de charca donde al parecer habría ejercido su ministerio san Juan Bautista. Nos dijo entonces el santo presbítero:

—Hasta hoy en día, el nombre que ha conservado este huerto no es otro que el de «Cepos tou agiou Ioanni», dicho en griego, o como vosotros decís en latín, «el huerto de san Juan» . Muchos hermanos, monjes venerables provenientes de los más diversos rincones, se dirigen hasta aquí para lavarse en este lugar.

Una vez más, junto a dicho manantial y al igual que en los demás sitios, se hizo una oración y se leyó el correspondiente pasaje; se recitó asimismo un salmo apropiado, y todas las demás cosas que teníamos por costumbre hacer al llegar a los santos lugares, también allí las dimos cumplimiento.

Nos dijo también aquel santo presbítero que, incluso en nuestros días, siempre, al llegar la Pascua, quienes habían de recibir el bautismo en aquella aldea, es decir, en la iglesia llamada «Opu Melquisedec», eran todos bautizados en aquella fuente, acudiendo al alba a la luz de los cirios, junto con los clérigos y monjes, recitando salmos o antífonas; y así eran conducidos muy temprano, desde la fuente hasta la iglesia del santo Melquisedec, todos aquellos que habían sido bautizados.

Por nuestra parte, tras recibir del presbítero algunas *eulogias*, esto es, algunos frutos del huerto de San Juan Bautista, y asimismo de los santos monjes que tenían sus ermitas en aquel huerto frutal, dando siempre gracias a Dios, reemprendimos el camino que traíamos.

## EL VALLE DE ELÍAS

Caminando, pues, durante algún tiempo por el valle del Jordán, bordeando la orilla misma del río, ya que durante algún trecho por ella se deslizaba nuestro camino, se nos mostró de pronto la ciudad del santo profeta Elías, o sea, Thesbe , de donde le cupo el sobrenombre de Elías el Thesbita. Se conserva allí, hasta hoy en día, una gruta en la que se refugiaba el santo, y se encuentra allí también el sepulcro del santo Jefté, cuyo nombre podemos leer en los libros de los Jueces. Con que, dando gracias a Dios en aquel sitio, según nuestra costumbre, proseguimos nuestro camino.

Conforme marchábamos, vimos desde el camino un valle hermosísimo que se abría a nuestra izquierda, un valle enorme que enviaba al Jordán un torrente muy dilatado. Y en dicho valle divisamos la ermita de un hermano que vive allí actualmente como monje. Entonces yo, que soy un tanto curiosa, pregunté enseguida qué valle era aquél para que un santo monje hubiera plantado allí su eremitorio; pues imaginaba que no lo habría hecho sin alguna razón poderosa. Nos replicaron a esto los santos hermanos que nos acompañaban en nuestro camino, y que conocían bien el terreno:

—Este es el valle de Corra, donde se instaló el santo Elías Thesbita en tiempos del rey Acab. Aquí padeció hambre, y por mandato divino un cuervo le acarrea comida, bebiendo el agua de ese mismo torrente. Pues ese arroyuelo que veis discurrir por el valle hasta el Jordán es el torrente de Corra .

De manera que, dándole gracias a Dios que se dignaba mostrarnos a quienes no lo merecíamos todo aquello que tanto anhelábamos, reanudamos nuestro camino como cada día. Así, quemando etapas día tras día, de pronto, a nuestra izquierda, desde donde teníamos frente a nosotros las regiones de Fenicia, se nos hizo visible una montaña enorme, de incalculable altura, que tendría una longitud... .

# EL SEPULCRO DEL SANTO JOB

[...] y este santo monje, varón asceta, tuvo que desplazarse, después de tantos años de permanecer en el yermo, y bajar hasta la ciudad de Carneas, para instar al obispo o a los clérigos de su tiempo a que, según le había sido revelado, cavasen en aquel preciso lugar que le había sido señalado, como en efecto se hizo . Al excavar en aquel punto que se les había indicado, dieron con una cueva, por la que se introdujeron aproximadamente unos cien pasos; y cavando allí, apareció de pronto una urna de piedra; al limpiar bien esta, vieron esculpida en su tapa la palabra «Job».

Entonces se levantó al santo Job, en ese mismo lugar, esta iglesia que veis . Y ello de forma que la urna de piedra con el cuerpo no se removiese a lugar otro alguno, sino que el cuerpo permaneciese depositado allí mismo donde había sido encontrado, y que el cuerpo yaciese debajo del altar. Por lo que respecta a la iglesia, que estaba siendo levantada por no sé qué tribuno, ha quedado sin rematar hasta el día de hoy.

Así pues, al día siguiente por la mañana, le suplicamos al obispo que hiciese la oblación, cosa que se dignó hacer, en efecto; y tras bendecirnos el obispo, nos pusimos en camino. Después de comulgar también allí, y sin dejar de dar gracias a Dios, regresamos a Jerusalén, recorriendo el trayecto a través de cada una de las etapas consumidas en el viaje de ida .

## HACIA MESOPOTAMIA

Así pues, en el nombre del Señor, transcurrido cierto tiempo, al cumplirse tres años íntegros de mi llegada a Jerusalén, habiendo visitado todos los santos lugares a los que había encaminado mis pasos para orar en ellos, y, por lo tanto, acariciando ya la idea de tornar a mi patria, quise ir también, según la voluntad divina, a Mesopotamia de Siria , para visitar a los santos monjes que, según era fama, había allí en tan copioso número y de vida tan preclara que las palabras no alcanzan a decirlo; también para orar ante el sepulcro del apóstol santo Tomás, donde está depositado su cuerpo todo entero, es decir, en Edesa.

Tras su ascensión a los cielos, nuestro Señor Jesús había prometido enviarle allí, según la carta que hizo llegar al rey Abgar a través de Ananías como correo; dicha carta se guarda con suma veneración en la ciudad de Edesa, donde está el referido sepulcro . Créame vuestra caridad, no hay cristiano que vaya a los santos lugares, o sea a Jerusalén, que no se dirija también a este otro punto para orar en él.

Se encuentra este sitio a veinticinco jornadas de Jerusalén. Y dado que desde Antioquía se tiene Mesopotamia más al alcance, se me brindó una excelente ocasión, gracias a Dios, de según regresaba a Constantinopla, como el camino pasaba por Antioquía, acercarme desde allí a Mesopotamia, cosa que efectivamente hice, de acuerdo con la voluntad divina .

En el nombre de Cristo nuestro Dios, partí desde Antioquía hacia Mesopotamia, recorriendo un trayecto que se adentraba a través de varias postas o ciudades de la provincia de Siria Coele , que es la misma de Antioquía, y de ahí pasé a los confines de la provincia Augustofratense, llegando a la ciudad de Hierápolis , que es la metrópoli de dicha provincia, esto es, de la Augustofratense. Dado que es esta una urbe muy bella y opulenta, bien surtida de todo, hube de hacer alto allí, pues no quedaban ya lejos los límites con Mesopotamia.

Al abandonar finalmente Hierápolis, recorridas quince millas, llegué en el nombre de Dios hasta el río Éufrates, del cual se ha escrito con toda justicia que es el gran río Éufrates, caudaloso y que infunde casi pavor; pues discurre con iguales ímpetus que el río Ródano, solo que son aún mayores los del Éufrates . Como se hace necesario cruzarlo en barca, y solo en faluchos de cierta envergadura, hube de perder allí medio día o algo más. Desde allí, una vez atravesado el río Éufrates en el nombre de Dios, entré en los confines de Mesopotamia de Siria.

## EDESA

Reanudando nuevamente el viaje durante algunas jornadas, llegué a una ciudad cuyo nombre podemos leer consignado en las Escrituras: me refiero a Batanis , ciudad que perdura hasta nuestros días. Tiene una iglesia con un obispo de gran santidad, también monje y confesor , y algunas tumbas de santos. Esta misma ciudad está poblada por gran multitud de habitantes, teniendo sede en ella una guarnición militar con su tribuno.

Saliendo nuevamente de allí, llegamos en el nombre de Cristo nuestro Dios a Edesa . Y tan pronto como hubimos arribado a ella, nos dirigimos al instante hacia la iglesia y hacia el sepulcro de santo Tomás . Luego, siguiendo nuestra costumbre, una vez hechos los rezos y todo cuanto solíamos hacer en los lugares santos, también leímos allí algo sobre el propio santo Tomás . El templo que allí se alza es enorme y muy bello, de nueva planta, digno ciertamente de ser la casa de Dios.

Y como eran muchas las cosas que quería ver allí, me fue preciso detenerme por espacio de tres días. De modo que vi en di-

cha ciudad numerosos sepulcros y muchos santos monjes, unos residentes junto a aquellos enterramientos, otros habitando ermitas alejadas de la ciudad, en los más recónditos lugares. Pues el santo obispo de dicha ciudad, hombre muy religioso, monje y confesor, acoguéndome con simpatía me dijo:

—Como veo, hija mía, que, impulsada por tu religiosidad, te has tomado la molestia de venir hasta estos confines desde las tierras más apartadas, si te parece bien, te mostraremos todos aquellos lugares que hay aquí y que resultan apetecibles de ver para los cristianos.

Entonces yo, dando gracias en primer lugar a Dios y también a él, le rogué con ahínco que se dignase poner en práctica cuanto decía. Así que me condujo primeramente hasta el palacio del rey Abgar. Y me enseñó allí una estatua del mismo, de gran tamaño y que guardaba con él —según decían— un enorme parecido, toda de mármol y tan pulida que parecía hecha de nácar. Al mirar de frente el semblante de Abgar, parecía aseverarse que fue aquel un hombre sabio y reverenciado en sumo grado. Me dijo entonces el santo obispo:

—Este es el rey Abgar, quien antes de ver al Señor, creyó que Él era en verdad el Hijo de Dios.

Había al lado otra estatua esculpida asimismo en un mármol semejante, que correspondía, según dijo, al vástago de Abgar, Magno, también dotada de notable gracia en su semblante.

Luego nos introdujimos en la parte interior del palacio; allí había unos estanques llenos de peces como yo nunca hasta entonces había visto, quiero decir unos estanques tan grandes, tan límpidos y de agua tan gustosa. En efecto, la ciudad no dispone casi de otra agua que la que escapa del palacio, que forma una suerte de arroyo caudaloso y plateado. A propósito de ese mismo cauce, me confió el santo obispo lo siguiente:

—Algún tiempo después de que el rey Abgar escribiera al Señor y el Señor escribiera a su vez a Abgar, utilizando a Ananías como correo, pasado como digo algún tiempo, se presentaron los persas y cercaron esta ciudad. Mas, al punto, Abgar, enarbolando la carta del Señor hasta la puerta, junto con todo su ejército, oró públicamente. Y luego dijo: «Señor Jesús, nos habías prometido que ningún enemigo penetraría en esta ciudad, mas he aquí que los persas nos atacan».

«Dicho esto, y mientras sostenía el rey con sus manos alzadas la carta desplegada, de repente una tupida oscuridad lo invadió todo, pero solo en la parte exterior de la ciudad y a los ojos de los persas, cuando estos ya se habían aproximado tanto a ella que debían estar como a tres millas de la urbe; pero a tal punto les conturbó aquella calígene que apenas acertaron a sentar sus reales y cercar toda la ciudad a esa distancia de tres millas. Tan aturridos estaban los persas que nunca jamás alcanzaron a ver por qué parte podrían entrar en el recinto, así que tuvieron que mantenerlo sitiado y rodeado de enemigos, eso sí, a tres millas de distancia, sosteniendo el cerco durante algunos meses.

»Más tarde, al ver que no podían penetrar en la población de ningún modo, trataron de hacer perecer de sed a quienes se refugiaban en ella. Ese cerro que ahí ves, hija mía, dominando la ciudad, por aquel entonces la surtía de agua. Cuando los persas se percataron de ello, desviaron el agua de la ciudad y la encauzaron mediante un caz hacia el terreno en que habían levantado sus campamentos. Pues en el mismo día, y a la misma hora en que los persas desviaban el agua, comenzaron de pronto a brotar, por orden de Dios y todos a la vez, esos manantiales que ahí ves, en ese preciso lugar. Y desde aquel entonces, esas fuentes se mantienen ahí, hasta ahora mismo, por gracia de Dios. En cambio, el agua que los persas habían desviado, en aquel mismo instante se consumió, de suerte tal que ni un solo día tuvieron para beber quienes asediaban la ciudad, como puede apreciarse incluso aho-

ra mismo, ya que después de aquello no se ha visto por allí rastro de humedad hasta nuestros días. Así, por la voluntad de Dios que había prometido que tal sucedería, se vieron obligados a regresar enseguida a su tierra, o sea, a Persia. Y posteriormente, siempre que algún enemigo quiso allegarse hasta esta ciudad y sitiárla, se sacó y se leyó esta carta junto a la puerta, y al punto, por orden divina, todos los enemigos fueron rechazados» .

Nos refirió asimismo el santo obispo lo siguiente:

—El lugar donde brotaron estos manantiales era antes un tremedal dentro de la ciudad, al pie del palacio de Abgar. Dicho palacio de Abgar se hallaba apostado en un solar algo más elevado, tal y como hoy sigue apreciándose, como puedes ver. Y es que en aquella época existía la costumbre de, cuando levantaban un palacio, hacerlo siempre sobre un lugar cimero. Mas después de que brotaran los manantiales en aquel tremedal, el propio Abgar hizo construir en tal explanada un palacio para su hijo Magno — es decir, para ese cuya estatua puedes ver reposar junto a la de su padre—, pero de manera que los surtidores quedaran confinados dentro del recinto de palacio.

## LA CORRESPONDENCIA ENTRE ABGAR Y JESÚS

Tras de referirme todas estas cosas el santo obispo, me dijo aún:

—Vayamos ahora hasta la puerta por la que entró el correo Ananías con aquella carta a que me refería.

Cuando llegamos ante dicha puerta, el obispo, de pie, hizo una oración y nos leyó las mencionadas cartas, bendiciéndonos luego y haciendo una nueva plegaria. Nos contó también aquel santo varón que, desde el día mismo en que el correo Ananías entrara por aquella puerta con la misiva del Señor, se ha montado guardia en ella hasta nuestros días, a fin de que no traspase aquellos umbrales ningún hombre inmundo, ni alguien que guarde luto, y que tampoco se saque por aquella puerta el cuerpo de ningún cadáver .

Nos enseñó también el santo obispo los sepulcros de Abgar y de toda su familia, muy hermosos, aunque levantados a la antigua usanza. Nos condujo asimismo hasta aquel palacio que tuvo primero el rey Abgar en la parte alta, y cualquier otro lugar que hubiera de interés, igualmente nos lo fue mostrando. Otra cosa que me complació sobremanera fue el hecho de recibir de manos de aquel santo varón las propias cartas de Abgar al Señor y del Señor a Abgar, las mismas que antes nos había leído el santo obispo. Aunque yo tenía ya copia de ellas en mi patria, me pareció algo sumamente grato recogerlas allí de él, por si acaso nos hubieran llegado a la patria mermadas en algo; en efecto, lo que aquí se me entregó es sin duda más extenso. De manera que si nuestro Dios Jesús lo quiere y regreso a casa, también vosotras podréis leerlas, señoras de mi alma.

## EN HARÁN

Tras haberme detenido allí por espacio de tres días, hube de proseguir adelante hasta alcanzar Charris , pues así es como ahora se dice; en cambio, en las santas Escrituras, se la menciona

como Harán, donde vivió el santo Abraham, según está escrito en el Génesis, diciéndole el Señor a Abraham: «Sal de tu tierra y de la casa de tu parentela y ve a Harán», y lo que sigue. Al llegar pues, quiero decir a Harán, en seguida me dirigí a la iglesia, que se encuentra dentro de la propia ciudad. Acudí también enseguida a ver al obispo de aquel lugar, de probada santidad y hombre de Dios, además de ser también monje y confesor, el cual se dignó al punto mostrarnos todos aquellos lugares que deseábamos visitar.

Enseguida nos condujo hasta una iglesia que se halla extramuros de la ciudad, en el lugar exacto en que se levantara la mansión del santo Abraham, o sea, sobre los mismos cimientos y con las mismas piedras, a decir de aquel santo obispo. Al llegar a la iglesia, se hizo una oración y se leyó el pasaje correspondiente del Génesis, recitándose también un salmo; tras una nueva oración y tras bendecirnos el obispo, salimos fuera. Se dignó además acompañarnos hasta el pozo del que acarreaba agua la santa Rebeca. Y nos dijo el santo obispo:

—Este es el pozo del que la santa Rebeca dio de beber a los camellos del servidor del santo Abraham, es decir, Eleazar.

Y así se complacía en irnos mostrando cosa por cosa.

En la iglesia que, como dije, ilustres damas y amigas, se halla a las afueras de la ciudad, y donde estuvo antaño la casa de Abraham, se encuentra actualmente también un sepulcro, perteneciente a un santo monje llamado Helpidio. Y nos sucedió algo que nos llenó de contento: resulta que llegamos allí el día anterior a la fiesta de dicho santo, Helpidio, el nueve de las calendas de mayo . Y precisamente ese día, de todas partes y de todos los confines de Mesopotamia, bajan todos los monjes hasta Harán; incluso los más ancianos, que moran en soledad y a los que llaman «ascetas», acuden ese día, que es allí una fiesta bastante señalada, además de por la memoria del santo Abraham, ya que su

casa estuvo donde ahora se alza la iglesia en que se halla depositado el cuerpo de ese santo mártir.

Así que, sin esperarlo, nos topamos con la agradable sorpresa de encontrar allí a los monjes de Mesopotamia, de gran santidad y sin duda hombres de Dios; incluso a aquellos cuya fama o cuya vida había trascendido muy lejos, y a los que yo no pensaba que jamás pudiera alcanzar a ver; no porque le fuera imposible a Dios concederme también esto, Él que todo se dignaba otorgarme, sino porque había oído yo que, fuera del día de Pascua y fuera de ese preciso día, no bajaban de sus refugios; pues son tales que incluso realizan numerosos prodigios, y además porque yo no sabía en qué mes caía la festividad de este mártir, a la que antes me refería.

De modo que, por voluntad divina, sucedió el llegar allí justo ese día que yo ni me esperaba. Nos demoramos allí, pues, durante dos jornadas a causa de la festividad, y también para ver a aquellos santos varones que se dignaron acogerme y hablar conmigo para saludarme con la mejor disposición, algo que yo no merecía. Y en efecto, inmediatamente después del día de la fiesta no se les volvió a ver, ya que al punto partieron durante la noche hacia el yermo, cada cual a las ermitas que allí tenían.

## **LAS TUMBAS DE NACOR Y DE BATUEL**

En la ciudad, por otra parte, fuera de algunos pocos clérigos y santos monjes que por acaso tienen en ella su residencia, apenas encontré ningún cristiano, sino que todos son gentiles. Y al igual que nosotros nos acercamos al lugar en que se alzó antaño la

mansión de Abraham con suma veneración, por su recuerdo, asimismo aquellos gentiles acuden con gran respeto a un lugar que estará a unos mil pasos de la ciudad y donde se hallan las tumbas de Nacor y Batuel . Dado que el obispo de aquella ciudad es un hombre muy versado en las Escrituras, le pregunté:

—Te ruego, señor, me digas algo que desearía conocer.

Él me respondió:

—Dime, hija, lo que quieres, y yo te lo diré, si es que lo sé.

—Me consta —le repliqué entonces— gracias a las Escrituras, que el santo Abraham vino a este lugar junto con su padre Taré, su esposa Sara y Lot, el hijo de su hermano. En cambio, no he podido leer en qué momento Nacor o Batuel pasaron por este lugar; lo único que sé es que, algún tiempo después, vino a Harán el servidor de Abraham para solicitar a Rebeca, hija de Batuel, hijo de Nacor, como esposa para el hijo de su señor Abraham, es decir, para Isaac.

Me respondió entonces el santo obispo:

—Ciertamente, hija mía, aparece escrito en el Génesis, tal como dices, que el santo Abraham pasó por este lugar con los suyos; pero la Escritura canónica no indica en qué momento pasaron por aquí Nacor o Batuel con los suyos. Pero es evidente que también ellos transitaron este lugar, y además, ahí están sus sepulcros a unos mil pasos de la ciudad. Lo que sí confirma la Escritura es que el servidor del santo Abraham vino hasta aquí para recoger a la santa Rebeca, y que luego también se llegó hasta aquí el santo Jacob, cuando recibió a las hijas de Labán el Sirio.

Le pregunté entonces dónde se hallaba el pozo en el que el santo Jacob había dado de beber a los rebaños que apacentaba Raquel, la hija de Labán el Sirio. Y me respondió el obispo:

—Ese lugar se encuentra a seis millas de aquí, a las afueras de una aldea que antaño fue la ciudad de Labán el Sirio. Si deseas ir, iremos contigo y te lo mostraremos; además, hay por allí nume-

rosos monjes y ascetas de probada santidad, y hay también una iglesia.

También interrogué al santo obispo sobre el lugar de los caldeos en el cual habían vivido en un principio Taré y los suyos . Y me respondió el santo obispo:

—Ese lugar por el que me preguntas, hija, se encuentra a diez jornadas de aquí, dentro de territorio persa. Desde aquí hasta Nisibe se precisan cinco jornadas, y desde allí hasta Ur, la que fue ciudad de los caldeos, otras cinco jornadas; solo que los romanos no pueden pasar hasta allá, pues todo aquel territorio está en manos de los persas. Esa región se llama concretamente la provincia de Oriente, al formar frontera entre los romanos y los persas o caldeos.

Muchas otras cosas se dignó referirme, al igual que los demás santos obispos o venerables monjes se avenían a hacer. Pero siempre sobre las Escrituras divinas o los hechos de santos varones, es decir, de los monjes: bien sobre los prodigios que hacían los que ya habían fallecido, o bien sobre las acciones cotidianas de los que aún permanecían en vida, sobre todo los ascetas. Pues no quiero que piense vuestra caridad que las conversaciones de los monjes tienen otro objeto que no sea las Escrituras sagradas o los hechos edificantes de los antiguos monjes.

## EL POZO DE JACOB

Tras detenerme allí por espacio de dos días, nos condujo el obispo hasta el pozo en que el santo Jacob había abrevado los rebaños de la santa Raquel, pozo que se halla a seis millas de Ha-

rán. Para la veneración de dicho pozo se ha levantado junto al mismo un templo de grandes dimensiones y bello aspecto. Cuando llegamos al pozo, el obispo hizo una plegaria, se leyó el pasaje correspondiente del Génesis , se recitó asimismo un salmo apropiado para aquel lugar y, tras repetir la oración, nos bendijo el obispo.

Pudimos ver además, en la explanada que rodea al pozo, aquella losa inmensa que tuvo que retirar el santo Jacob del brocal del pozo, piedra que se muestra hasta hoy en día. En los alrededores del pozo no viven más que los clérigos de la iglesia que allí se alza y los monjes que tienen en las cercanías sus ermitas, sobre cuya vida, por cierto verdaderamente inaudita, nos estuvo refiriendo nuevas el santo obispo.

Así que, tras orar en la iglesia, me acerqué junto con el obispo a donde estaban los santos monjes, recorriendo sus ermitas, dándole gracias a Dios y también a ellos, que se dignaron recibirme, en cuantas ermitas entré a visitar, con ánimo hospitalario y conversar conmigo con palabras dignas de ser pronunciadas por sus labios. Además, tuvieron a bien darme algunas *eulogias* o recuerdos, a mí y a todos cuantos conmigo venían, según es costumbre entre los monjes ofrecer a quienes acogen en sus eremitorios con ánimo hospitalario.

Aquel lugar se encuentra en un gran descampado y, justo enfrente, me señaló el santo obispo una aldea de regulares dimensiones, a unos quinientos pasos del pozo, aldea que hubimos de atravesar. Este poblado, por lo que nos decía el obispo, fue antaño la ciudad de Labán el Sirio, y la aldea se llama Fadana . Me enseñaron en dicho poblado la tumba de Labán el Sirio, suegro de Jacob, y también me hicieron ver el lugar en que Raquel arrebató los ídolos de su padre.

Así pues, en el nombre de Dios, tras haber visto todas estas cosas, y luego de decir adiós al santo obispo y a los santos monjes

que se habían dignado llevarnos hasta aquel lugar, regresamos por el mismo camino y por las mismas postas por donde habíamos venido desde Antioquía.

## DE ANTIOQUÍA A SELEUCIA

Cuando estuve de vuelta en Antioquía me quedé allí una semana, hasta tener listos todos los preparativos necesarios para el viaje. Luego, saliendo de Antioquía y tras un trayecto de varias jornadas, llegué a la provincia llamada Cilicia, cuya metrópoli es la ciudad de Tarso, en la cual Tarso ya había estado yo cuando me dirigía a Jerusalén. Como a tres jornadas de Tarso, en Isauria, se encuentra el sepulcro de santa Tecla. Y me dio una gran alegría poder acudir también allí, sobre todo estando tan cerca .

Así que, saliendo de Tarso, llegué a cierta ciudad a orillas del mar, todavía en Cilicia, a la que llaman Pompeyópolis. Desde allí, adentrándome ya en los confines de Isauria, me acomodé en una ciudad que llaman Corico , y al tercer día llegué a la ciudad llamada Seleucia de Isauria. Una vez que estuve allí, fui a ver al obispo, hombre muy venerable y antiguo monje, y vi también una iglesia muy bonita en la misma ciudad. Y como desde allí hasta Santa Tecla, en un enclave pasada ya la ciudad y en el rellano de un altozano, habría unos mil quinientos pasos desde la ciudad, preferí alargar el trayecto hasta aquel lugar y efectuar en él la parada que tenía prevista.

Allí, en los alrededores de la iglesia, no hay más que innumerables monasterios de hombres y mujeres . Y allí encontré a una gran amiga mía, de cuya vida todo el mundo se hacía lenguas en el oriente. Una santa diaconisa llamada Marthana, a la

que había conocido yo en Jerusalén, hasta donde ella había subido por devoción. Regentaba esta mujer monasterios de apotactitas o vírgenes. Cuando ella me vio, ¿cómo podría describiros cuál no fue su alegría y la mía?

Pero volviendo a lo que íbamos, hay numerosos monasterios dispersos por aquella colina y, en su centro, un robusto tapial que rodea a la iglesia, dentro de la cual está el enterramiento, un sepulcro por cierto muy hermoso. La tapia se levantó para proteger a la iglesia de las gentes de Isauria, que son de bastante mal temple, y harto aficionadas a la rapiña, para que no intenten hacer alguna de las suyas en el monasterio que se hace cargo de la iglesia.

Cuando llegué allí, en el nombre del Señor, tras hacer una oración ante el sepulcro y tras leer los Hechos de Santa Tecla, di infinitas gracias a Cristo nuestro Dios que se ha dignado atender en todo a mis deseos, siendo yo tan indigna y poco merecedora de ello.

## **REGRESO A CONSTANTINOPLA**

Tras permanecer allí dos días, y una vez rendida visita a los santos monjes o apotactitas, tanto varones como mujeres, que allí residían, hechos los rezos y recibida la comunión, regresé a Tarso para retomar mi camino. Tras reposar allí durante tres jornadas, partí en el nombre de Dios de aquel lugar para proseguir mi viaje. Ese mismo día llegué al caravasar que llaman Mansocrenas, que está al abrigo del monte Tauro, y allí hice parada.

Al día siguiente, partí de allí, ascendí por el monte Tauro y siguiendo un recorrido ya conocido a través de las distintas provincias por las que había pasado a la ida, es decir, Capadocia, Galacia y Bitinia, llegué a Calcedonia, lugar en que hice alto por el celeberrimo sepulcro de santa Eufemia, que allí se encuentra y que yo conocía ya de antes .

Al siguiente día, después de atravesar el mar, llegué a Constantinopla, dando gracias a Cristo nuestro Dios que, siendo yo tan indigna y tan poco merecedora, se ha dignado otorgarme tanta merced, esto es, ha querido concederme no solo el anhelo de ir, sino también las fuerzas necesarias para recorrer los lugares que deseaba, y tornar de nuevo a Constantinopla.

Una vez que llegué allí, mientras recorría cada una de las iglesias o templos consagrados a los apóstoles, así como cada uno de los sepulcros de santos que allí existen en holgado número, no cesaba de dar gracias a nuestro Dios Jesús, quien de tal manera se había dignado derramar sobre mí su misericordia.

Desde este lugar, señoras mías, luz de mi vida, mientras despachaba estas letras a vuestra caridad, ya abrigaba el propósito de, en nombre de Cristo nuestro Señor, viajar hasta el Asia, concretamente a Éfeso, para venerar el sepulcro del santo y bienaventurado apóstol Juan . Ahora bien, si después de eso sigo con vida, si puedo llegar a conocer otros lugares, yo misma en persona, si Dios se digna otorgármelo, daré cumplida cuenta a vuestra caridad; y si otros planes se apoderan de mi ánimo, os lo haré conocer a través de misivas.

Por vuestra parte, señoras mías, luz de mi vida, dignaos tenerme en vuestra memoria, tanto si continúo dentro de mi cuerpo como si, por fin, lo hubiere abandonado.